

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO. 0,75	

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid: librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pzo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

UN SACRISTÁN DE MONJAS

Sin contar con la voluntad de su ex-propietario, voy á reproducir unas cuartillas que mi buena suerte me deparó en un banco del paseo de las estatuas del Retiro.

Si su descuidado dueño tiene interés en recuperarlas, dispuesto estoy á devolvérselas; mas no puedo resistir la tentación de ponerlas en manos de los cajistas sin quitarles punto ni coma. Dicen así:

«Errante y vagabundo andábase un servidor de ustedes sin tener plato dónde comer, casa dónde dormir, ni cosa que se le pareciera.

En los espaciosos salones del Hipodromo, en las ventiladas cumbres de las Vistillas, en las no menos aireadas planicies de la Guindalera, buscaba un lecho blando; porque después de todo, comparada mi alcoba con la punta de una bayoneta, era relativamente cómoda.

¡Ah! ¡Bien me acuerdo! Alguno que otro *lipendi*, tan favorecido por la fortuna como yo, abría sus ojos á los primeros albores del día y buscaba y rebuscaba en mis exhaustos bolsillos con pecaminosa idea. Yo le dejaba entretenerse en tan improductiva tarea, y fingía dormir, y roncaba artificialmente. ¡Estaba tan seguro de que no había de encontrar ni un céntimo!

Dejaba á cargo de la Divina Providencia la tarea de abrir las ventanas de mi dormitorio, y á las seis de la mañana dirigíame á la estación del Mediodía con objeto de ver si se presentaba algún viajero que me diese una peseta ó cincuenta céntimos de ídem por conducirle su maleta á domicilio.

Y una de aquellas mañanas aconteció que un presbítero aragonés, que había sido agraciado con la capellanía mayor de un convento de monjas, fijó en mí su mirada *paternal*, y á vueltas de regatarme el precio de mi trabajo, acabó por decirme:

—¿Y no te dedicas más que á esto?

—No, señor. Porque eso de los relojes se va poniendo tan malo...

No entendió el cura la indirecta, y, con una solicitud verdaderamente evangélica, continuó:

—¿Tienes padres?

—No, señor. Ni los tengo, ni los he tenido nunca.

—¡Eso es imposible!

—Usted estará más enterado de eso; pero me parece que no he tenido padres.

—Eres un buen muchacho. Lástima que seas demasiado talludito para acólito. Sin embargo, yo te protegeré. ¿No sabrás latín?

—¡Quiá! No, señor. No sé decir más que *Ora pro nobis*, pero sí leer alguna cosa. Los carteles de los teatros, los rótulos de las tiendas... El otro día me encontré unos papeles que me aprendí de memoria, es decir, que se me

quedaron en la cabeza. Decían... Espere usted que me acuerde. ¡Ah, sí! Ya caigo:

BIBLIA EN VERSO CASTELLANO

Adán dormía en virginal reposo
Sobre lentiscos y espadañas suaves
Con dulce calma y corazón bondoso...

—No sigas, hijo mío—objetó el cura.—Mira que va á llover y me he venido sin paraguas. Si tú eres dócil y bueno, desde ahora mismo te quedas á mi servicio. No te podré dar sueldo, mas te prometo que antes de un mes serás sacristán de las monjas, y entonces podrás tener un duro disponible.

No sé si por desgracia ó por fortuna era yo algo más guapo que el Matusalém que ejercía de sacristán mayor, y por esto las monjas me trataban con un cariño indescriptible. ¡Cuántas veces decía la abadesa, contemplándome á través de los gruesos barrotes de la verja del locutorio:—Y es jovencito y parece bueno!

—Sin embargo—replicaba una hermosa morena, cari-redonda, y con unos ojos divinos,—tiene un cierto no sé qué; algo así como si fuera un bribón de siete suelas.

—¡Calle, hermana!—añadía la abadesa.—¡No forme juicios temerarios!

Y para dirimir el asunto, iban y venían monjas que no parecían sino que trataban de rifarme.

Y lo peor, ó, por mejor decir, lo más curioso del caso, era que aquella monjita morena, etc., que tanto me censuraba en presencia de la abadesa, en ausencia estaba muy amable conmigo, y por el vetusto maderamen del torno me enviaba algunas golosinas tales como chorizos, pedazos de cecina y alguna botella de exquisito vino, que hasta esas opulencias se permitían las benditas madres.

Como el convento databa del siglo XVI y sus muros se resentían, fué preciso verificar una reforma; y como los albañiles son tan malos, fué menester que yo estuviese al cuidado de ellos, porque los malditos, en cuanto veían una hermana guapa, se desataban en piropos, y las pobrecitas de mi alma sufrían lo indecible.

Yo también se los echaba, pero no era lo mismo, pues al fin y al cabo yo era de casa, y además ¿dónde se va á comparar un albañil con un sacristán segundo de la augusta comunidad de religiosas... privilegiada por Su Santidad Benedicto XIV y confirmada en su privilegio por diferentes Sumos Pontífices?

¡Como nos divertíamos todos los años el día del Santo de la priora! Aquel día era completa la fiesta; las monjas no asistían á coro, no se abría el templo, se declaraba rota la clausura, y todo era bulla, regocijo y bienandanza. Sor Josefina tocaba el piano, el Padre Jimeno cantaba como un ruiñón, y ¡qué gritos, qué risota-

das! ¡Cómo se divertían las esposas de Cristo con ese regocijo propio de los Santos!

Un año que en tal día estábamos de piadoso alboroque, nos sorprendió la visita del vicario, y mientras salió la superiora á darle la entretenida, las demás hermanas, los tres capellanes, mi compañero y yo hicimos desaparecer las golosinas y las botellas; los hombres nos escondimos cada cual donde pudo, y aquellas inocentes palomas rompieron á cantar el oficio divino con un fervor que dejó estupefacto al clérigo.

—Hoy debiera usted eximir las del cumplimiento de la regla—dijo éste á la priora con la mejor buena fe.

—No diga usted esas cosas—respondió la monja.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios me libre! Hoy, como siempre, es preciso orar. El Demonio siempre acecha la ocasión de amortiguar la fe de las almas, y luégo, esas pobres gentes que viven en el siglo necesitan de nuestras oraciones como el hambriento del pan.

—Dios recompensará cumplidamente tanta caridad y tanto celo por la conversión de los pecadores. Mi visita, aparte de la satisfacción de ver á usted y felicitarla con motivo de su Santo, tiene por objeto darles una buena noticia... La señora duquesa de... ha fallecido, y en el testamento deja consignados tres mil duros para la comunidad.

—¡Alabado sea Dios una y mil veces, que así alivia nuestras necesidades! Estamos tan apuradas, que hoy mismo, aunque quisiera obsequiar á V. I. con una friolera, no puedo brindarle más que con nuestro humilde potaje.

—Gracias, Madre. Lo agradezco como si lo tomara.

El Padre Ruiz metió la pata de un modo inconveniente. Se había escondido en una de las habitaciones próximas, contigua á la en que yo estaba, llevándose de paso dos botellas cuyo contenido se debió pimplar, acostándose después á dormir y roncando estrepitosamente.

Oyó el vicario y preguntó á la abadesa:—¿Hay alguna enferma?

—Sí, Padre; la demandadera. ¡Pobrecilla! Llevaba ya muchas noches sin poder dormir. Ahora se ha dignado el Señor concederle descanso... Sor Julia—dijo dirigiéndose á una de las más jóvenes,—vaya á cuidar á la enferma y tenga cuidado que no se destape.

Tales cosas vi por el agujero de la cerradura en el improvisado dormitorio del buen Ruiz, que aún dudo si dar crédito á mis ojos. Parecióme que llegó la monja, despertó al *pater* para que no roncase, y éste, que yo no sé con qué sueños estaría batallando, se incorporó, y me parece que abrazó á Sor Julia, y algo vi que me llenó de indignación... y de envidia. No pudiéndome contener, dije ahuecando la voz:

—¡¡¡Dios lo ve todo!!!

—¡Que lo vea!—respondió el cura con un humor de dos mil demonios.

Aquella interrupción me costó la salida del convento. El Padre había reconocido mi voz y no me perdonó la trastada. Debí acusarme á la superiora como autor de la falta que él había cometido, porque á los pocos días la Madre me llamó al locutorio y me dijo:

—Queda usted despedido de esta santa casa por su mal comportamiento. Dios ponga freno á sus instintos lascivos.

—Pero, Madre... No entiendo lo que usted me dice. Yo no tengo nada de qué acusarme.

—Dios está en todas partes y lo ve todo.

—¡Buena vista tiene!—dije sin poderme contener.

—¡Eso más! ¿Tras de disoluto, impío? ¡Fuera de esta sagrada comunidad! El Diablo no debe vivir entre las hijas del Señor.

JOAQUÍN G. LOSADA.

RECUERDOS DE UN EX-MONAGUILLO

Aun cuando ha transcurrido mucho tiempo, todavía me regodeo pensando en las escurriduras de la sangre de Cristo, que, dicho sea de paso, era un vinillo jerezano que daba el opio, y me escuecen aún los pescozones que bonitamente me propinaba el Padre González en cuanto columbraba mis labios unidos al borde de las vinajeras.

Verdad es que yo era de la misma piel del Diablo. No había beata dormilona á quien no tiznase el rostro, cepillo de donde no birlara perros, ni recortes de hostias seguros en cajón abierto.

Y no crean ustedes que escarmentaba, por más galletas, mojicones, chuletas y otros regalillos análogos que á diario me administraban aquellos manos ministros del Señor. En cuanto me libraba de sus garras me ponía á jugar al toro con mis colegas en pleno templo, y esto me servía de bálsamo consolador, pues gozaba lo indecible cuando decía al que hacía de cornúpeto desde un confesionario, que figuraba el burladero:

—¡No pegues! ¡He pisado valla!

Un día (me acuerdo como si lo estuviera viendo) habían dado dos avisos al Padre Pancorvo con la campana, y no acudía á decir su correspondiente misa de once.

El párroco, que siempre tenía los mengues en el cuerpo y le soltaba á cualquiera una docena de bofetadas más pronto que yo vaciaba las vinajeras, estaba hecho un feroz agareno, paseando por la sacristía.

De pronto, sin poder contener su mal disimulado coraje, descargó dos tan terribles puñetazos sobre la tapa de un guardarropa donde había colocada una imagen de la Virgen que por efecto de la trepidación cayó al suelo, destrozándose el Niño que en brazos tenía.

—¿Dónde estará metido ese... cachito de borrego?—exclamó al mismo tiempo el cura, escupiendo por el colmillo. —¡Por vida de San Benito de Palermo!... ¿Le parece á usted? ¡Las once y cuarto y sin venir!... Si esto no es ser un... santo, que venga Dios y lo vea. Nada... nada... no lo aguardo más. Mañana le cantaré las cuatro verdades del barquero y hemos concluido. ¡Anacleto!...—añadió llamándose.

—¡Llama usted, Padre?—contesté desde cierto lugar cercano.

—¿Qué haces por ahí dentro, condenado?

—Pues... machacando incienso, Padre.

—¡Ven acá!... ¡Pronto!

.....

—¿Manda usted algo, señor cura?

—Sí; apaga, echa á todo el mundo á la calle, cierra las puertas y has concluido por hoy. Mañana será otro día y verá el tuerto los espárragos, y el Padre Pancorvo lo que es este pellejo. Anda... Pero... ¡Calla!... ¡Jesús!... ¿qué veo? ¡Cómo llevas la sobrepelliz!

Y tras de estas exclamaciones arrojé sobre mí, largándome tales mordiscos en la cabeza y tan robustos sopapos, que, cuando quise hacerme cargo de ello, ya tenía en la primera una procesión de lobanillos, y retratados los cinco dátils del Padre en la segunda.

—¡Malos liberales te muerdan! Corre á cerrar, que después te irás á la calle... por sucio.

—¡Por vida de la vieja! ¡Todos los días hay que echarla á la calle! Señora... ¿no oye usted que voy á cerrar?

—¡Pues qué!... ¿no hay misa de once?

—No, señora; está el Padre Pancorvo muriéndose.

—¡Muriéndose!... ¿has dicho muriéndose?... ¡Pobrecito... tanto como yo le quiero! ¡Qué lástima de sacerdote! No somos nadie, hijo; hoy estamos buenos y sanos, y mañana hemos dado cuenta de nuestros pecados al Altísimo. ¿Y no se sabe de qué, hijo?

—De dos diviesos que le han salido en la mano con que hace días me solfeó un tango de bofetadas en la *jeta*. Pero dese usted prisa, que voy á cerrar, antes que venga el señor cura y nos caliente el cuerpo á los dos.

—¡Vamos, hombre!... ¡no metas tanta bulla! En cuanto rece mi oración á la Virgen te dejo el campo libre. Conque, de dos diviesos ¿eh? ¡Pobrecito!...

—¿No oye usted que voy á cerrar y no puede quedarse?

—Ten calma, chiquito, que nuestro Redentor tuvo mucha para redimirnos del pecado. *Santa María, Madre de...*

—Ahora voy á decírselo al señor cura—contesté, viendo que la vieja daba comienzo á un *Ave-María* y á darse tan terribles golpes en el pecho, que se hubieran confundido con el redoble de un tambor. Y ya iba á ejecutar mi idea, cuando en el camino se me ocurrió la de colocarme tras de la imagen á quien ella rezaba, y tirarle desde allí algún objeto para amedrentarla y que tomase el olivo.

Al efecto me escabullí por entre las naves del templo, y sin que lo advirtiera púseme tras de la imagen, y ya iba á tirarle un cabo de vela, cuando observé que la beata hablaba tan alto como si estuviera loca.

—Reina de los Cielos y de la Tierra—decía,—Madre de Dios soberana, amparo de los pecadores, intercede con tu santo Hijo para que después de mi muerte pueda disfrutar de la bienaventuranza en esa mansión celeste. Depárame un lugar...

—¡El Hospicio!—le interrumpí sin poderme contener por más tiempo.

—¡Milagro!... ¡Milagro!... ¡Milagro!...—contestó la beata levantándose, echando á correr bebreando por el templo, y en menos tiempo que un cura loco necesita para persignarse se llenó la iglesia de curiosos, preguntándole dónde estaba el milagro.

—El Niño de esa Virgen—contestaba la beata con el rostro descompuesto—ha hablado por su misma boca. ¡Estos oídos que la tierra comerá lo escucharon!

Uos se sonrieron, otros se admiraron, pero nada menos que doscientos veintiocho testigos certificaron solemnemente aquel mismo día el milagro ante el párroco, el alcalde y el juez de Paz.

El milagro cundió bien pronto por los pueblos comarcanos, y fué comentado de varios modos. Unos aseguraban que la Virgen había reñido al Niño; otros, que se habían besado mutuamente; mientras que otros referían que Madre é Hijo se habían estado burlando de las tonterías de la devota. Lo cierto es que todo el mundo acudía presuroso á llevarles ofrendas, y en breve tiempo estrenaron trajes riquísimos de procesión y de casa, y nadie se ocupaba más que de ellos.

El párroco protestaba ante sus colegas de no haber tenido participación en el milagro, y todos afirmaron que la beata era una visionaria, pero que convenía mantener viva la fe y guardarse los cuartos que el milagro producía.

Pasado algún tiempo, y cuando el milagroso Niño había hecho ya una porción por el estilo y el cura se había redondeado, intenté decir la verdad á aquella gente fanática; mas en todas partes se me consideró como á un ateo, y en más de una casa me despidieron á empellones.

Y á no ser porque el milagro lo había hecho yo, quizás hubiera llegado á creer en él; que tal influencia ejerce la mentira cuando se la cubre con el manto religioso.

JOSÉ TINEO REBOLLEDO.

LA CORTE DE MARÍA

Un caballero carca-tólico, procurador de Alcalá de Henares, después de haberse metido á poeta, ha publicado un papel prosaico (es decir, en prosa), que empieza así:

«MARÍA SANTÍSIMA Á SUS CORTESANOS
Hijos míos: Odio todo lo que no es del agrado de mi Hijo. Mis flores son frutos de honor y de honestidad. Servirme y agradar al mundo, no puede ser. Yo soy la antítesis del mundo. Yo amo la pobreza, la humildad, la virginidad.»

Esta última virtud la amo yo también de un modo terrible. Si deseo ir á la Gloria, es únicamente por tratar á las once mil vírgenes.

«Yo soy perfecta y soy del agrado del Altísimo. Después de mi Hijo, no hay criatura superior á M^{ta}».

De seguro que no estarán conformes con esto último los curas que se declaran superiores á la Madre de Cristo, porque ella no tiene poder para perdonar los pecados.

«Yo estoy identificada con mi Hijo».

¡Demonio! Esto es raro, porque á todas las madres les ocurre lo propio.

«Los que pretenden honrarme siguiendo al mundo, se equivocan. El que ama al mundo aborrece á mi Hijo, y el que aborrece á mi Hijo me aborrece».

Esto, si no resultara tan vulgar por lo repetido, podría pasar muy bien por una majadería del calibre de las siguientes:

«El que me ama, seguirá mis pasos, y mi protección estará sobre él. Yo acojo las súplicas del humilde, y al soberbio le miro con desdén. A M^{ta} no me seducen los trajes: las oraciones del pequeñuelo me cautivan. Yo soy toda del inocente. ¡Hijos míos, amadme! Yo soy la Madre de Dios, y vuestra Madre. Obedeced á la Iglesia y Yo seré con vosotros. Hijos que formáis mi Corte, amadme, que mi corazón es todo vuestro, y Yo os defenderé en el juicio».

Una sola cosa haré notar, y es lo de que á la Virgen no le seducen los trajes, para ver si se ponen en venta los riquísimos que sus imágenes usan, amén de las alhajas, que representan una porción de millones de duros.

Y termina así el curial místico:

«Si me sois fieles en la Tierra, me haréis la Corte en el Cielo».

¿Hacerle la corte? ¡Diablo! Esto me parece irreverente en grado superlativo; mas como los católicos salen á lo mejor con una brutalidad, que califican de ortodoxa, no me atrevo á decidir si lo es.

Y ahora pregunto yo:

¿Qué opinan mis lectores del procurador expuesto y prosista? Opinarán acaso lo que yo: que como procure por los intereses profanos que le encomienden como por los de María Santísima, el mejor día le van á dar un disgusto.

Déjese, pues, de entusiasmos Maríanos, y renuncie á cometer atrocidades literario-virginales, porque, además de perder el afecto de la Madre de los ángeles y el cariño de Apolo y compañía, se quedará sin los residuos de sentido común que aún pudiera tener, dicho sea con perdón y sin intención de ofenderle.

UN CURA FALSIFICADO

Trátase de Fray Ricardo Elizari, un prójimo que no tiene más que el voto simple, y al cual le expedieron licencias sacerdotales mediante la presentación de un título de ordenación falso y una carta de recomendación falsa también.

Las beatas se tiran de los pelos al considerar que han estado contando la mar de chismes y cuentos á un individuo que no podía oír confesiones; mejor dicho, que podía, pero no debía oírlas, por carecer de facultades para ello.

Se conoce que el tal se daba mala maña para el caso, por cuanto un Provisor sospechó que no era tal cura ni cosa que lo valga. Esto demuestra lo bruto que debe ser, pues nada hay tan fácil como pasar por clérigo. Siendo avaro, diciendo muchas atrocidades y *camelando* con fatigas al bello sexo, ¿quién es capaz de distinguir al *cucaracha* de imitación?

Puesto en claro el asunto, ha resultado que el supuesto cura había sido novicio de franciscanos en España, trasladándose después á otro convento en Ocopio (Perú); posteriormente á otro de Lima, de donde volvió á España tan novicio como había ido y relajado del voto simple; que, valiéndose de los referidos documentos falsos, dió la *coba* á las autoridades eclesiásticas de Calahorra y Vitoria, que al fin cayeron en la cuenta y pusieron á la sombra al hermano Ricardo, que había cobrado ya una porción de misas, amén del importe de muchos rebuznos y otros estipendios sacros.

La Audiencia de Logroño condenó á once años de presidio al acusado; pero éste interpuso recurso de casación ante el Supremo, y le han conmutado la sentencia por la de quince meses de prisión correccional.

Aun esta pena me parece excesiva. Si se imponen quince meses de prisión á un hombre que no ha hecho más que obras de religión, ¿qué pena se reserva para los periodistas impíos?

De todo lo dicho, sólo esto me preocupa: ¿Bajaba Cristo á las manos de este *timador* místico cuando celebraba el santo sacrificio de la misa? Y si no bajaba, ¿cómo no lo conocían los aficionados?

Vengan teólogos á resolver esta duda mía.

MERCADERES DE ALMAS

Al saber que una señorita de Barcelona había entregado setenta y cinco mil duros al convento en que iba á ingresar, exclama todo edificado *El Buen Sentido*, de Lérida:

«Para eso de mover y remover la piedad de los fieles y vaciarles el bolsillo, la Iglesia tiene un ingenio inagotable.

¿Se trata de una heredera rica que llora la muerte de sus padres?

Pues se la aísla, se le habla de la salvación de las almas de los que le dieron el ser, se le deja vislumbrar ó presentir las inefables fruiciones de ciertos amores seráficos reservados á las esposas del Señor, y se llama al notario para que extienda la escritura de donación de los bienes de la huérfana á favor del convento que ella elige para enterrarse en vida.

¿Se trata de una viuda millonaria inconsolable, pero que no se siente con vocación para el claustro?

Pues consolar al afligido, y que no se le hable una palabra de consagrarse á la vida monástica. También en el mundo pueden las viudas millonarias ganar el Cielo. Un jesuita de persuasiva palabra, joven y de agraciado rostro se encargará de enseñarle el camino de la Gloria, camino tan fácil y tan ancho, que podrá recorrerlo en coche y sin renunciar á ninguna comodidad ni á ningún deleite. Para cada debilidad habrá una frase indulgente, y para cada mancha de debilidades una indulgencia corrida... á trueque de los cuantiosos donativos que la viuda irá haciendo en beneficio de la Iglesia.

¿Que se muere algún fiel que vacila entre dejar sus bienes á sus parientes, á los pobres ó para sufragio de su alma?

Pues allí el confesor con el trabuco de las penas eternas debajo del manto, para manejarlo en el momento oportuno, y asunto concluido.

Después añade:

«Me parece cara por setenta y cinco mil duros la salvación de una alma, aunque ésta sea la de la señorita Doña Joaquina Munner. Si ella regatea, apuesto que la saca por mucho menos de la mitad del precio.

Con setenta y cinco mil duros, no la salvación del alma de una señorita, sino de diez mil almas embreadas en herejía, recabo yo de los presbíteros».

Conoce bien el paño el apreciable colega. Por millón y medio son capaces los desinteresados ministros del Señor de perdonar á todos los lectores de EL MOTÍN, y enviar diariamente un memorial á San Pedro para que tenga de día y de noche abiertas de par en par las puertas del Cielo, por si alguno aportase por allí.

Lo malo para ellos está en que no tendrán ocasión de confirmar lo que acabo de decir.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Aprended ¡oh presbíteros! el modo de proporcionarnos amas guapas, jóvenes y con circunstancias.

Existe un clérigo que se parece al *parroco* de San Juan de Ortoño, el cual se empeñó en birlarle la criada á un su amigo y se salió con ella.

Estando un día conversando juntos, acertó á pasar la Mariquilla, que así se llama la ninfa, y como tiene toda la frescura de sus quince primaveras y es bonita y graciosa, le hizo tilín al *curiano*, que prorrumpió, dando un suspiro:

—¡Caramba, D. Manuel! ¡Tiene usted una criada muy guapa! ¡Lástima que no tenga dos dedos mas, porque, aunque chiquitilla, es la más bonita de mis feligresas!

Admiróse el amigo de las aficiones estéticas del

pater, mas no concedió gran importancia á su observación.

A los pocos días le pidió la doméstica la cuenta, porque se iba á servir al *sotano* en mejores condiciones pecuniarias. Díjole el amo que permaneciese en su casa, pues él le daría el salario que pudiera pagarle el cura.

—No puedo— contestó la moza.— He prometido al cura ir á servirle y no quiero faltar á mi palabra.

Y fué efectivamente con su nuevo amo, el cual, imitando á Cristo, que se complacía en ensalzar á los humildes, la ha elevado á otro rango superior al que disfrutaba en casa de D. Manuel.

Este, que es un tanto malicioso y un mucho satírico, estuvo el otro día á visitar al tonsurado, y, viéndolo á la muchacha tan apanadita y tan satisfecha con su suerte, hubo de decir irónicamente al *cuervo*:

—¡Parece que ya ha aumentado los dos dedos que le faltaban!

A lo cual el cura no supo contestar, y ella sintió el natural embarazo que en casos tales sienten las amas, sobrinas ó criadas de cura de condición ruborosa.

Un prójimo de Zaragoza (al parecer cura) le ha jugado á Santa Bárbara bendita la mayor perrada que se le puede jugar á una santa, dirigiéndole unos cantos capaces de tumbar de espaldas á un mozo de cordel; cantos á los cuales titula *gozos*, para mayor escarnio.

Copiaré algunos de ellos, para que se vea cómo embiste contra la bienaventurada, contra la poesía, y contra el sentido común:

*Iris de serenidad,
pues que tu virtud es tanta,
libranos, Bárbara Santa,
de rayos y tempestad.*

*En tres ventanas que hiciste
á Dios trino declaraste,
y aunque no en todos lograste
los frutos que pretendiste,
á muchas almas trajiste
á la cristiana verdad.*

Libranos, etc.

*Sufriste cual noble y fiel
sentencia de degollada,
por tu padre ejecutada,
y un rayo acabó con él;
y te aclamó este laurel
mártir de la Trinidad.*

Libranos, etc.

*Porque al Infierno no fuera,
d un devoto conservaste
tres años y le guardaste
el alma en la calavera;
confesó y voló ligera
á gozar la eternidad.*

Libranos, etc.

¡Lástima de rayo aquel que partió por el eje al padre de la santa! ¡Qué buen servicio nos hubiera prestado despachando para el otro barrio al autor de esas cosas, que, si no se enmienda, ha de traer días de luto y desolación para esta patria querida!

Pero, ya que el rayo no nos puede hacer el favor de enviarle pronto con su tocaya, suplico á las autoridades civiles, militares, judiciales, administrativas, sobre todo del ramo de higiene, que tomen cartas en el asunto, y lo prendan, lo procesen y lo echen á presidio, para que las personas honradas puedan vivir tranquilas.

Me han enviado una composición y sospecho que debe ser alguna abadesa de convento, con el santo objeto de que yo la propague, á fin de ver si las esposas de Cristo no pierden el tiempo en murmurar y decir tonterías, tales como si el cura que dice la misa de seis es cojo; si el que masculla la de siete tartamudea en el locutorio, aunque tiene mucha verbosidad en el púlpito; que si la hermana Julia siente frío y se va á dormir con la hermana Luisa; con otros chismes y enredos parecidos.

La composición es ésta:

Versos que San Agustín tenía á su mesa para evitar murmuraciones.

*Ninguno del ausente
aquí murmure.
Y el que piense en esto
desmandarse,
procure del asiento
levantarse.*

Al pie de la cuartilla va esta interesante advertencia:

«El Ilmo. Sr. Arzobispo de Zamora concede cuarenta días de Indulgencia á los que pongan estos versos en sitio público.»

Ansioso de ganar indulgencias que tanto necesito y que tan difícil me es alcanzar, ¿dónde dirán ustedes que voy á colocar esas *berzas*, que los cleri-

cales tienen el valor de atribuir al hijo de Santa Mónica?

No lo digo; pero fácil le será adivinarlo á todo el que sienta cierta necesidad en la calle y utilice los artefactos que al efecto coloca el Ayuntamiento.

Vive en León una *barbiana*, joven de diez y siete años, gordita, coloradota y bastante parecida al arcediano de la catedral.

Yo no sé qué clase de relaciones tendrá con un *cuervo* de dicha ciudad; pero ello es que la pobre-cita de mi alma siente en la suya muchas penas y amarguras, aparte de cualquier otra molestia que pueda sentir en el cuerpo; y como es tan ingenua y tan comunicativa... con el de Iglesia, le ha escrito una carta que pone de manifiesto todo el pesar que la domina.

Para que vean ustedes que se puede amar sin ortografía, voy á copiar la epístola, que dice así:

«Alpreziable Don Juan

«Ere zibido un gran disgusto por que mitia, a sabido todas las zitas ensantana hoy le espero antes que salgan de sanisidro, así descansará mi corazón para dezirle á usted todo lo que siento mi corazón por que en el papel no tengo confianza por que las felicidades que emos tenido todas me salen amargas bien le decia yo a usted, fíjese usted bien por que lo é echo depri y no se si lo entenderá no dege usted de venir.

«Sin mas reciba usted el corazón de esta que no le puede olvidar».

¡Hija de mi corazón! ¡Tan joven y ya tan... desgraciada! Dios le dé resignación para arrojar de sí la pesadumbre que la aflige, y valor para abandonar después al *cuervo* egoísta que se llama á la parte en las dulzuras y la deja sola con sus amargos sufrimientos.

Por aquellas verdes praderas del Valle de Campoo, que, según un académico, son de irresistible atractivo, pasta un presbítero á quien sus feligreses de Salces y Lamiña le dan cada disgusto que canta el *Credo*.

Sin ir más lejos, ahora han lanzado á la publicidad una hoja impresa con objeto de mortificarle; mas como yo no creo que haya curas tan desmoralizados, voy á desmentir las calumnias que contra él propalan sus enemigos.

No es cierto que mientras celebra la misa ande ojeando á sus feligresas con miradas *sui generis*, porque esto sería una profanación.

Tampoco lo es que atisbe la ocasión de que una soltera ó casada quede sola en casa para ir á soltarle una plática de moral, ni que en el confesonario eche piropos á las confesandas guapas y se extienda en el pecado simpático de una manera pasmosa.

Todo esto es absolutamente falso; pero, aun admitiendo la absurda hipótesis de que no lo fuera, no encontraría motivo de censura para el párroco; porque, pongámonos en su caso. De mí sé decir, que si los padres y los maridos me enviasen sus hijas y esposas á contarme cuentos, convertiría en realidad todas las supuestas hazañas que la malicia atribuye al *parroco* de Salces.

Que la ocasión hace al ladrón.

Santos y Dionisio, ambos hermanos y *sotanas* ambos, pastorean espiritualmente el pueblo de Mora.

Allá se andan en punto á cultura los dos; pero, en cuanto á desahogo, Dionisio (el párroco) no tiene precio.

Hace poco se lió en el púlpito con las criadas de servir, y les dijo que eran unas tales y unas cuales, que si ellas y los amos, y los amos y ellas, etc., etc.

Su hermano, teniente de la parroquia, también se sintió algo predicador, y á los pocos días subió al cubo místico; mas fuese por habersele olvidado la arenga, ó porque le infundiese miedo el auditorio, ello fué que no dió pie con bola y se aturdió de tal modo, que no acertó á decir más que «el que más tiene más quiere», y «quiere más el que tiene más», y «es el que más tiene quien más quiere»; después de lo cual se bajó el hombre tan satisfecho.

Este Santos, ó Diablos, debía comprender que hasta para meter la pata es preciso tener algo de travesura; y si no, ahí tiene á su hermano que lo demuestra.

Así, no tenga miedo y atrévase. Precisamente se va poniendo eso del púlpito de un modo, que cualquier pedazo de atún sirve para el caso.

Lo mismo sirve el cura de Quintanar de la Orden para un fregado que para un barrido; con la misma gracia se echó en *illo tempore* por los montes de Cuenca, como hoy se trastea á sus feligreses, dando dentera á otros *cucarachas* hijos de aquel pueblo á quienes no deja meter baza en los asuntos místicos.

Ahora parece que anda tras de fundar un *hospital-asilo* con el dinero de los fieles, á quienes ha sol-

tado una invitación para que aflojen la gaita. En el documento *camela* á las *Hermanitas de los Pobres* (futuras administradoras del hospital) con una vehemencia y una galanura de estilo, que ya la quisiera Canovillas para dispararle otro canto á Elisa.

¡El hospital! ¡Las Hermanitas! De envidia van á merar los colegas de ese previsor *parroquidermo* al ver el porvenir de *juergas* que el inocente se ha preparado.

Hay que confesar que hay curas muy listos para proporcionarse belenes de esta clase.

Desde que está rico el *parroquidermo* de Añasco (Puerto-Rico) se ha hecho tan comodón, que casi hace falta andar á palos con él para que bautice un *chaval* ó vaya á escuchar los cuentos de algún moribundo cándido.

Un día se le presentó un vecino de Humatas, anejo de su parroquia, provisto de un buen caballo para que el *pater* pudiese con toda comodidad ir á confesar á una joven enferma, y no fué.

Volvió por segunda vez la familia de la joven, y como un favor supremo dijo que, cuando pasase por Humatas con dirección á una magnífica hacienda-modelo que posee, entonces se dignaría llegarse á prestar los auxilios espirituales que se le pedían. Mas tampoco pareció.

Diría, y con razón: «Para oír tonterías no me muevo de mi casa. Después de todo, la misma cuenta le sale á la enferma contándome sus pecados, que si se los contase á su tía, á su abuela ó á cualquier *moreno* de su finca».

Se hallaban tranquilamente reunidos en casa de un carpintero de Gurdejuela tres ó cuatro pacíficos ciudadanos, cuando acuden unos cuantos salvajes, cogen á uno que vende Biblias, lo sacan á la calle y le dan de palos hasta dejarle por muerto.

Así que se encontró solo el infeliz, tomó el camino de Solupe, tropezando por casualidad con una pareja de la Guardia Civil, que tornó con él al lugar del suceso.

Practicado el oportuno reconocimiento, se encontraron esparcidas por el suelo boinas, alpargatas y un bastón, que resultó ser propiedad del vicario.

Pero hay más todavía. El herido y otro compañero habían dormido en la cárcel la noche anterior por disposición del alcalde, que quiso dar por el gusto al *parrodogo* con este escandaloso atropello.

Mientras haya carlistas y curas, no se puede prescindir del uso del revólver.

El alcalde de Igualaja (Málaga) es hombre que no se para en pelillos cuando se trata de gente de sotana.

Un día se enredó á palos con el sacristán de la parroquia, como quien no hacía nada.

Al siguiente, un hermano suyo penetró en el templo, y la tomó con el cura que celebraba.

Este no le contestó en el acto, por no dejar lo que tenía entre manos; pero en cuanto acabó la misa se puso en la puerta de la iglesia, y allí había que ver á un presbítero macareno.

Como los tribunales entienden en el asunto, me abstengo de hacer comentarios.

Sólo repetiré que me parece una brutalidad indisculpable el ir á la iglesia para eso... ni para nada.

¿Que si el *curiano* de Carchalejo se ha marchado á Cádiz con el objeto de curarse cierta enfermedad, dejando abandonado el pueblo?

¿Que si su esposa mística se fué á Jaén á evacuar un asunto interesante?

¿Que si todo esto tiene relación con unos procesos que pesan sobre el *pater* por desacato á la Autoridad, y además con las inscripciones que ha puesto en la lápida bajo la cual yace otra ama del *parrocn*?

Yo no lo sé. Mas me parece que, cuando un cura huye y su ama evacua ciertas diligencias, hay misterios graves por medio, y tan oscuros por lo menos como el de la Encarnación.

Recorren dos gandules las calles de Almería cargados con una virgen... de madera de un metro de talla, que rifan á real la papeleta.

Es decir, á real empezaron, pues luego tuvieron que bajarlas á quince céntimos, porque no caían tantos primos como deseaban.

Las autoridades no se cuidan de impedir esta estafa al Estado, y las personas de buen humor se divierten viendo á la turba de muchachos que alegremente van detrás de la imagen escandalizando como buenos retoños de católicos.

Del mal el menos.

Hace pocos días hubo títeres en la plaza inmediata al colegio de jesuitas en Mataró, y era de ver los cabezillas y cabezotas de cuatro cuernos (bonete) que

acudieron á presenciarlos, entusiasmándose, no con ellos, sino con las muchachas que estaban allí.

¡Pero cómo se mortifican los pobrecitos! Es admirable el odio que sienten á los tres enemigos del alma.

Cuando se apartan del mundo es para hacer rabiar al *demonio* arrimándose á la carne.

Dícenme que el *curirrata* de un pueblo de la provincia de Cádiz administró una soberana paliza á un individuo que no quiso cederle la acera; que la familia del aporreado salió con escopetas á cazar el *cuervo*, y que, gracias á un buen arreglo, quedó la cosa como muerta.

Durillo se me hace creer que el alcalde y autoridades de la localidad fueran tan débiles ante el enérgico, que pasaran por alto atropello tan inaudito; mas, por si pudiera equivocarme, escribo al *parrocn* Calvo, de Villaluenga, para que me diga lo ocurrido, si por casualidad lo sabe.

Se ha señalado el día 18 del corriente para la vista en juicio oral de la causa seguida, á instancia de Doña Dolores Sierra, contra el presbítero D. Ricardo Catalán, por escándalo público en la calle de Cebestros.

No faltaré, para dar cuenta á mis lectores de las palabras y gestos del escandaloso siervo de la humildad y la mansedumbre.

Las beatas del Sagrado Corazón de Jesús están armando su cachito de lotería para subvenir á *gastos extraordinarios*.

Rifan un reloj de sobremesa por la friolera de cinco mil doscientas pesetitas; es decir, cinco mil doscientos billetes, á peseta cada uno.

Buena suerte, señoras, y mejores tontos.

Ha ingresado en el Cuerpo auxiliar de Oficinas militares un *tiplo* de la iglesia del Buen Suceso, con la *asimilación de comandante*.

¿Un *tiplo*? ¡Horror!

Nuestro apreciable colega *Agua va*, describe así la clerical ciudad de

SANTIAGO:

Es Compostela un pueblo no ordinario
Ó como se usan en honor al día,
Pues el cura es el ser de más valía;
La mejor obra de arte el incensario;
Libro que más se lee el devocionario;
La canción popular, la letanía;
Punto de reunión, la sacristía;
La mejor distracción, ir al rosario.
No hay más música allí que las campanas;
El buen vino lo da la vinajera;
Traje de última moda, las sotanas;
El alumbrado público es de cera;
Y son, en fin, las gentes tan cristianas,
Que escaman, no ya á Dios, sino á cualquiera.

Si fuera ésa sola la población en que ocurriera todo eso, podríamos darle con un canto en los pechos al primer cura que encontrásemos; mas ¡ay! que, por desgracia, hay muchas así.

Hay tantos bribones y tantas bribonas, y es tan cómodo el catolicismo para ellos, que realmente nada tiene de extraño que la devoción aumente tanto por lo menos como la moralidad disminuye.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Valencia.—Jolgorio rosario Aurora. Gobernador ordenó acompañaran á beatos Guardia Civil, Orden público y municipales.

—Poca fe tienen los carcas cuando no confiaron en que la Virgen los protegiera.

Y menos deseos de ganar el Cielo, cuando no aceptaron gustosos la palma del martirio que la ocasión propiciaba les brindaba.

Todo degenera en estos tiempos impíos: hasta los aspirantes á santos.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La Confesión de un hijo del siglo, por Alfredo de Musset, traducción de Ricardo Gil.

El nombre del autor, conocido en el mundo entero, representa una de las mayores glorias de la literatura francesa, y no hay idioma al que no se hayan vertido sus inmortales producciones.

Pero si el creador de *Rolla*, de las *Noches* y de las *Nocturnas*, ha repartido abundantemente los resplandores de su genio y las galas inimitables de su estilo en las numerosas joyas literarias con que ha enriquecido á su patria, no parece sino que trató de reconcentrar unos y otras en este libro, verdadera síntesis de todas las facultades del poeta.

La fama universal tan justamente adquirida por esta original y hermosa producción, nos evita el hacer consi-

deraciones acerca de ella, pues cuanto pudiéramos decir sería repetición de lo que ya se ha dicho en todos los idiomas por los críticos más autorizados.

La obra, editada con todo esmero, forma un volumen de 320 páginas, que se encontrará de venta en *El Cosmos Editorial*, en todas las librerías de España y América, y en la Administración de EL MOTÍN, al precio de dos pesetas cincuenta céntimos.

Hemos recibido los cuadernos 9 al 15 de la *Historia general de España* que escribe D. Miguel Morayta y edita D. Felipe González Rojas, calle de San Rafael, número 9 (barrio de Pozas), Madrid, al precio de dos reales cada cuaderno.

Es muy justo el éxito extraordinario de la obra, si se tiene en cuenta la popularidad del autor y el lujo desplegado en la edición.

También han llegado á nuestro poder los cuadernos desde el 93 al 108, últimos de la importante obra *José María el Tempranillo*.

Y los cuadernos desde el 67 al 80, últimos también de la no menos interesantísima novela *Pedro de Albarado, conquista de Guatemala*.

Y los cuadernos desde el 5 al 20 de la popular obra *La Bruja, anales secretos de la Inquisición*, todos publicados por dicha reputada casa editorial.

Suscríbese á todas estas obras al precio de un real cada cuaderno de 32 grandes páginas, en casa de su editor, y en la de sus corresponsales de provincias.

Acaba de ponerse á la venta el primer cuaderno de la nueva obra del reputado escritor Sr. Rodríguez Solís, *Los Guerrilleros de 1808 (Historia popular de la guerra de la Independencia)*.

Conociendo el autor por su laboriosidad, ilustración literaria y amor á los asuntos patrios, sólo nos resta añadir que ha realizado su empresa de un modo admirable.

Verdad histórica, grandes caracteres, escenas interesantes, personajes verídicos, episodios conmovedores, nada falta al libro, que ilustran además multitud de preciosos dibujos de los Sres. Alvarez Dumón (César y Eugenio), Iborra y Sorolla, fotográfados por Laporta.

Para que nuestros lectores puedan juzgar mejor del interés que entraña, vamos á copiar el sumario de los capítulos del primer cuaderno:

Madrid en 1808.—El 19 de Marzo.—Historias pasadas.—España gobernada por Napoleón.—La causa del Escorial.—Juicio de la época.—El motín de Aranjuez y D. Manuel Godoy.—Napoleón dueño de España.—La familia real en Bayona.—La silba á Murat.—Preliminares.—El 2 de Mayo.—El primer guerrillero.

Los *Guerrilleros de 1808* está llamada á alcanzar un éxito mayor que todas las obras del Sr. Rodríguez Solís. Se suscribe en las principales librerías de España, al precio de una peseta el cuaderno mensual.

OBRA NUEVA

BIBLIOTECA DEMI-MONDE

LA VAINA DEL ESPADÍN

POR

JOSÉ ZAHONERO

Precio: UNA PESETA

Se vende en la Administración de EL MOTÍN y en las principales librerías.

Nuestros suscritores y corresponsales obtendrán la rebaja del 25 por 100.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE

EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (El Citador), escrito en francés por Pigault-Lebrun. Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Precio: una peseta.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS. Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4—Plaza del Dos de Mayo—4